

de los montes. Para este fin, despachó ocultamente á un tal Andrés Garabito á Cuba, con el encargo de alistar gente y hacer provisiones para una expedición, que debía principiarse atravesando el Istmo, desde Nombre de Dios, y fundando una colonia en las playas del océano del Sur, como punto de partida para extender sus descubrimientos por mar y tierra.

Mientras Vasco Nuñez, esperaba la vuelta de Garabito, tuvo la mortificación de ver varios de sus planes de colonización, puestos en práctica y maleados por Pedrarias. Entre otras empresas, el gobernador despachó á su teniente general Juan de Ayora, á la cabeza de cuatrocientos hombres, para visitar las provincias de los caciques, con quienes Vasco Nuñez, había entablado comunicaciones y hecho convenios. Ayora participaba del espíritu dominante y duró de Pedrarias, de manera que pilló y devastó los países que pretendía explorar. Fue recibido con amistosa confianza por varios caciques de los que habían hecho tratados con Vasco Nuñez; pero correspondió á su hospitalidad con la mas vil ingratitud, robándole sus propiedades, mujeres é hijas, y algunas veces dándole tormento para hacerles declarar donde escondían sus supuestos tesoros. Entre los así maltratados, sentimos tener que contar al joven cacique, que comunicó á Nuñez las primeras noticias de un mar allende los montes.

Las atrocidades de Ayora y de otros capitanes de Pedrarias, produjeron su acostumbrado efecto; caciques que habían sido fieles amigos, se convirtieron en encarnizados enemigos, y la expedición concluyó mal y desastrosamente.

Los partidarios de Vasco Nuñez, no perdieron la ocasión de comparar aquellas desgraciadas, empresas con las que había conducido con tanta gloria y ventajas su gefe favorito. Sus acusaciones y sarcasmos produjeron tal efecto en la condición zelosa é irritable de Pedrarias, que determinó ocuparla su ídolo en un servicio cuyos resultados, probables fuesen su derrota y la pérdida de su popularidad. Ninguno le pareció mas á propósito que una expedición á Dobayba, donde Vasco, había ya intentado inútilmente penetrar, perdiendo en la demanda muchos de sus compañeros, á causa de las estratagemas y acometidas de los naturales.

CAPITULO XX.

Segunda expedición de Vasco Nuñez en busca del templo de oro de Dobayba.

Las preciosas minas de Dobayba y las riquezas de su templo de oro, continuaban meciendo la fantasía de los aventureros españoles. Asegurabase que Vasco Nuñez, en su primera expedición no había penetrado en la provincia, por haber equivocado un pueblo fronterizo con la residencia del cacique; de consiguiente, la grande empresa del templo, estaba aun por concluir; y solicitaron tomar parte en ella, varios caballeros del séquito de Pedrarias, con el noble ardor de aquellos novelescos tiempos. La narración vulgar presentaba en efecto á la empresa, como rodeada de peligros y dificultades suficientes para estimular la ambición de los mas osados aventureros. Los salvajes que habitaban en aquella parte, eran diestros y valientes; lo mismo lidiaban por mar que por tierra, y se emboscaban con sus canoas en las bahías y los ríos. Interceptaban el país marismas y pantanos, é infestábanle toda clase de reptiles. Llenaban el aire nubes de mosquitos y otros insectos y había tambien grandes murciélagos, á quienes se atribuían las propiedades del vampiro, caimanes escondidos en las aguas, y hasta se decía que en las tenebrosas espesuras habitaban dragones (1).

(1) P. Martir.

Ademas de tales motivos de terror, en parte ciertos, y en parte fabulosos, el anciano historiador, Pedro Martir, hace mención de otro monstruoso animal, que cuentan infestaba aquel rico país, y el cual merece lo describamos, para probar los peligros imaginarios con que las acaloradas cabezas de los descubridores poblaban aquellos desconocidos desiertos.

Segun las narraciones de los indios, ocurrió poco antes de la llegada de los españoles una tempestad violenta ó mas bien un huracan en las inmediaciones de Dobayba, que demolió casas, rompió árboles por el pié y devastó bosques enteros. Apaciguada la tempestad y luego que los aterrados habitantes se atrevieron á mirar alrededor, vieron dos monstruosos animales que había traído consigo el huracan. Segun la descripción que hacían de ellos, se asemejaban á las antiguas arpias; y como uno era mas pequeño que el otro, supusieron que sería su hijo. Ambos tenían cara de mujer con garras y alas de águila, y eran de un tamaño tan colosal que al posarse sobre algun árbol, se desgajaban las ramas. Echábanse sobre un hombre y le arrebataban, como un milano á una gallina, dando con él á la cima de un monte, donde le hacían pedazos y le devoraban. Durante algun tiempo fueron el espanto y azote del país, hasta que los indios valiéndose de una estratagemá consiguieron matar al mas viejo, colgándolo de una lanza y paseándolo por todas las poblaciones, para apaciguar el miedo de los habitantes. Decía la tradición india, que la arpia mas joven no se había vuelto á ver mas (2).

Tales eran los peligros falsos ó verdaderos, que reinaban en el territorio de Dobayba. Los mismos indios tenían tal miedo á aquellos oscuros y horribles pantanos, que cuando iban de camino se desviaban de ellos y preferían dar mil rodeos por las ásperas sendas de los montes.

Se observó que muchos caballeros jóvenes, lejos de aterrarse con estos peligros, se disputaban el honor de tomar parte en la expedición, pero, Pedrarias había escogido á su rival para aquella empresa con la idea, segun se ha insinuado, de hacerle caer en desgracia. Vasco Nuñez aceptó inmediatamente: pues á su orgullo interesaba llevarla á cima. Le dieron para este fin doscientos hombres resueltos y atrevidos; pero, se disgustó mucho cuando le asociaron en el mando á Luis Carrillo, oficial de Pedrarias que acababa de salir muy desairado en una peligrosa expedición.

Pocos pormenores nos han quedado de aquella tentativa. Se embarcaron en una escuadrilla de canoas, atravesaron el golfo y llegaron al río que descendía del territorio de Dobayba. No estaban empero destinados á tener la gloria de encontrar el templo de oro; pues conforme iban subiendo confiada y tranquilamente, río arriba, fueron sorprendidos y cercados por una multitud de canoas llenas de salvajes armados, que estaban en acecho á lo largo de la orilla. Asaltábanles unos con lanzas, otros con clavos y flechas, mientras que varios, arrojándose al agua, trataban de volcar las canoas: de este modo la mitad de los españoles perecieron, y entre ellos Luis Carrillo, atravesado el pecho por la lanza de un salvaje. El mismo Vasco Nuñez fue herido, y con gran dificultad pudo saltar en tierra con el resto de sus fuerzas.

Los indios le persiguieron todo el día; pero, pudo sostenerse hasta la entrada de la noche, y entonces silenciosamente abandonó la orilla del río, dirigiéndose en retirada hácia Darien: es mas fácil imaginar que describir los trabajos, peligros y horrores que tuvieron que sufrir los fugitivos al través de aquellas ásperas montañas y los apuros con que lucharon en medio de los pantanos. Al fin llegaron al establecimiento de Darien.

Los partidarios de Pedrarias, triunfantes con la

(2) P. Martir dec. 7. c. 10.

vuelta de Vasco Nuñez herido y derrotado, devolvía á los amigos de este los sarcasmos con que los habían zaherido; quienes sin embargo echaban toda la culpa al desgraciado Carrillo. Vasco Nuñez, decía ha mandado solo en sus anteriores empresas, y ahora tenía que sujetarse á consultar con su asociado. Si hubiera ido por su cuenta la expedición, el resultado sería muy diferente.»

CAPITULO XXI.

Cartas del rey en favor de Vasco Nuñez.—Llegada de Garabito.—Prision de Vasco Nuñez.

(1515.)

Por aquel tiempo llegaron comunicaciones de España, que prometían cambiar así la fortuna de Vasco Nuñez, como tambien los negocios de la colonia, pues habían sido extendidas despues de las noticias del descubrimiento del mar del Sur y de la sumisión de varias provincias importantes del istmo. En una dirigida á Vasco Nuñez, le demostraba el rey todo el aprecio que hacía de sus méritos y servicios, nombrándole adelantado del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá aunque con dependencia del comandante general Pedrarias. En otra escrita por el rey á Pedrarias le informaba de este nombramiento, ordenándole que consultase á Vasco Nuñez en todos los asuntos públicos de importancia: golpe humillante para el orgulloso y altivo gefe, que no perdió las esperanzas de contrarrestarlo. Entretanto, como todas las cartas de España iban á parar en primer lugar á sus manos, reservó las dirigidas á Vasco Nuñez hasta determinar la línea de conducta que debería seguir en aquel caso; pero, informado de ello Nuñez y tambien su amigo el obispo de Darien, quejóse altamente el prelado de la interrupción de la real correspondencia, denunciándola desde el púlpito, como un ultraje hecho á los derechos del súbdito y un acto de desobediencia al soberano.

Con este motivo el gobernador convocó un consejo de sus oficiales, y despues de poner en su conocimiento el contenido de la carta, les preguntó su opinión acerca de investir á Vasco Nuñez con las dignidades que le habían sido concedidas. El alcalde mayor Espinosa había dejado el partido del obispo para alistarse en el de Pedrarias; de consiguiente insistió en que no se le debían entregar los despachos á Vasco Nuñez hasta informar al rey del resultado de la causa que se seguía aun contra él, apoyándole el tesoro y el contador. El obispo replicó indignado, que era presuntuoso y desleal discutir sobre la obediencia á las órdenes del rey, y paralizar las recompensas dadas concienzudamente á un súbdito meritorio; de este modo, añadió, inutilizaban con sus pasiones las benévolas intenciones del soberano. El gobernador, contenido por el justo acaloramiento del obispo, aparentó estar acorde con su opinión. El consejo duró hasta media noche y quedó decidido que se le confiriesen á Vasco Nuñez todos sus títulos y dignidades al siguiente día (1).

Sin embargo, el gobernador y sus oficiales reflexionaron que si se le daba á Vasco Nuñez todo el poder que los tales títulos le conferían, el gobierno de Darien y de Castilla del Oro se reduciría á una vagatela; por lo tanto, resolvieron adoptar un término medio, concediéndole simplemente los títulos, y haciéndole dar palabra de no tomar posesión de los territorios del gobierno en cuestión, sin permiso de Pedrarias. El obispo y Vasco Nuñez convinieron en ello, satisfechos por el pronto con asegurar los títulos, y dejando al curso de los sucesos la toma de posesión (2).

(1) Oviedo, Parte, Q. c. 9. MS. Oviedo, el historiador asistió á esta consulta y dice que extendió el acta, firmando cada uno de su puño las opiniones que había emitido.

(2) Idem.

Los nuevos honores concedidos á Vasco Nuñez se difundieron por todas partes, apellidándole desde entonces adelantado: sus amigos antiguos levantaban la cabeza con orgullo, y otros nuevos se alistaban bajo sus banderas, formándose dos partidos; uno á su favor y otro al de Pedrarias: vivir en armonía era ya imposible; pues el gobernador consideraba al nuevo adelantado como un peligroso rival é insidioso enemigo. Precisamente en tan crítica coyuntura, Andrés Garabito, agente de Vasco Nuñez, llegó á la costa con un buque que había comprado en Cuba, cargado de armas y municiones y con setenta hombres dispuestos para la secreta expedición proyectada á las playas del océano Pacífico. Ancló á seis leguas de distancia del puerto, y mandó un mensaje reservado á Vasco Nuñez anunciándole su llegada. Tan pronto como supo Pedrarias que un bajel misterioso, lleno de hombres armados, estaba anclado en la costa, comunicándose secretamente con su rival, su carácter suspicaz se alarmó, creyendo que se trataba de alguna traición contra él; y en el primer arranque de su furia, mandó prender á Vasco Nuñez y que le encerrasen en una jaula de madera; pero el obispo de Darien se interpuso á tiempo para evitar una infamia que no se hubiera podido expiar jamás. Logró apaciguar al exaltado gobernador, quien no solo retiró la orden respecto á la jaula, sino que examinó el asunto detenidamente. El resultado probó que todas sus sospechas eran erróneas, y que el armamento se había hecho sin traidora intención. Vasco Nuñez fue puesto en libertad, despues de haber consentido en ciertas condiciones; pero, su espíritu quedó muy abatido y afectada su fortuna por las atropelladas medidas de Pedrarias.

CAPITULO XXII.

Expedición de Morales y Pizarro á las costas del mar Pacífico.—Su visita á las islas de las Perlas.—Su vuelta desastrosa por entre los montes.

El obispo de Darien, animado con el éxito de su intercesión, trató de conseguir del gobernador que permitiese salir á Vasco Nuñez á su expedición del mar del Sur. Era demasiado zeloso Pedrarias para dar oídos á semejante consejo: comprendía la importancia de la empresa, y deseaba con ansia la exploración de las islas de las Perlas que prometían tal abundancia de tesoros; pero, temía fomentar la popularidad de Vasco Nuñez si añadía tan importante encargo á sus muchas hazañas. De consiguiente, Pedrarias envió una expedición que constaba de sesenta hombres, encargando el mando á un pariente suyo, llamado Gaspar Morales. Acompañaba al último Francisco Pizarro, que ya conocía el país, porque había estado en él con Vasco Nuñez, adquiriendo gran nombradía en la presente expedición por la arrogancia de su valor y su carácter dominante.

Una breve reseña de los principales incidentes de esta empresa, basta á nuestro propósito.

Morales y Pizarro atravesaron las montañas del istmo por un camino mas corto y expedito que el que tomó Vasco Nuñez, llegando á las orillas del mar del Sur por las tierras de un cacique llamado Tutibrá, que los recibió amistosamente. Su objeto principal era visitar las islas de las Perlas; pero el cacique no tenía mas que cuatro canoas, insuficientes para contener toda la partida; de consiguiente la mitad de esta se quedó en el pueblo de Tutibrá, bajo el mando de un capitán llamado Peñalosa, embárcándose el resto con Morales y Pizarro. Despues de una tempestuosa y peligrosa travesía, desembarcaron por fin en una de las islas mas pequeñas, donde trabaron varias escaramuzas con los naturales, y desde allí se dirigieron á la isla principal del Archipiélago, á la cual, fundado en los informes que obtuvo de la abundancia de sus perlas, Vasco Nuñez la había denominado isla Rica.

El cacique de aquel país, era, hacia largo tiempo, el terror de las costas vecinas, invadiendo el territorio con las escuadras de canoas y llevándose cautivos á los habitantes. El modo como recibió á los españoles fue digno de su fama; cuatro veces salió al campo en defensa de sus Estados, y siempre fue rechazado con gran pérdida y mortandad. Las armas de fuego

de los españoles y sus feroces alanos, tenían á los guerreros indios sobrecogidos de terror, y viendo el cacique que toda resistencia era inútil, convino al fin en tratar de paz. Aceptadas sus proposiciones, recibió á los conquistadores en su habitacion, la que estaba bien construida y era de inmensas dimensiones, presentándoles como ofrenda de paz un canasto



Ofrenda de paz del cacique de las islas de las Perlas.

llo primorosamente trabajado y lleno de perlas de suma belleza. Entre ellas habia dos de extraordinario tamaño y valor: la una pesaba veinte y cinco quilates; la otra era como una pera, y pesaba cerca de tres dracmas; ambas de magnifico color y lustre oriental. El cacique se consideró suficientemente pagado con un regalo de machetes, cuentas y cascabeles; y viendo que los españoles se reían de su alegría, les dijo, «das cosas que me habeis dado me son útiles, pero, ¿de qué me sirven á mi esas perlas?» Conociendo que lo que á sus ojos era fútil, poseía gran valor á los de los españoles, hizo subir á Morales y Pizarro á una alta torre de madera que dominaba un dilatado horizonte. «Tended la vista,» les dijo: «veis ese inmenso mar que refleja los rayos del sol? Pues todas las islas situadas á derecha é izquierda obedecen mis órdenes. No poseen mucho oro; pero, los profundos mares que las ciñen están henchidos de perlas. Sed siempre amigos míos, y os daré todas las que deseais; porque aprecio mas vuestra amistad que las perlas, y no hablaré á ella mientras viva.

Y señalando luego al continente por la parte que se iba estrechando hácia el Este, montaña tras de montaña, hasta perderse la cima de la última en el espa-

cio, percibiéndose apenas en azulado horizonte, les dijo, que en aquella direccion habia un vasto país de inestinguible riqueza, habitado por una nacion poderosa; repitiéndoles los vagos, pero maravillosos rumores que frecuentemente habian oido los españoles acerca del grande imperio del Perú. Pizarro prestaba la mayor atencion á sus palabras, y mientras sus ojos seguian el dedo del cacique, marcando la oscura linea de la costa, su atrevida imaginacion se inflamaba con la idea de buscar aquel dorado imperio al otro lado de los mares (1).

Antes de dejar la isla, los dos capitanes hicieron concebir tan alta idea al cacique del extenso poder del rey de Castilla, que se comprometió á ser su vasallo, y pagarle un tributo anual de cien libras de peso en perlas.

La partida volvió al continente sin mas novedad que arribar á distinto paraje de aquel por donde habian salido. Gaspar Morales mandó á su pariente Bernardo Morales con diez hombres en busca de Peñalosa y sus compañeros que se habian quedado en Tulibrá.

Desgraciadamente para los españoles, durante la

(1) Herrera, d. 2, l. c. iv. P. Martir, d. 3. c. x.

ausencia de los gefes, este Peñalosa habia exasperado á los naturales con su mal comportamiento, que entre los caciques de la costa se habia formado una conspiracion para asesinar á todos los extranjeros luego que la partida volviese de las islas.

Bernardo Morales y los suyos yendo en busca de Peñalosa, pernoctaron en el pueblo de un cacique llamado Chuchama, que era uno de los conspiradores: recibiólos este con aparentes muestras de amistad, mas á media noche la casa donde todos dormian fue incendiada, pereciendo casi todos en medio del fuego. Chuchama entonces se preparó con sus confederados para atacar la partida principal de los españoles, mandados por Morales y Pizarro.

Por fortuna, para estos últimos entre los indios que los acompañaron á las islas habia un cacique llamado Chiruca, que estaba en secreta correspondencia con los conspiradores; algunas circunstancias de su conducta le hicieron sospechoso; y por medio del tormento declaró el asesinato de los españoles y las intenciones que tenian de atacar á los que restaban.

Morales y Pizarro quedaron aterrados al considerar el tremendo peligro que les amenazaba; sin embargo, disimulando su turbacion, obligaron á Chiruca á que enviase un mensaje á cada uno de los caciques confederados, convocándoles á una secreta conferencia, so pretexto de tener que hacerles comunicaciones importantes. Los caciques acudieron á la cita, y de este modo los fueron cogiendo uno á uno, hasta el número de diez y ocho y los cargaron de cadenas. En tales momentos de apuro llegó Peñalosa con los treinta hombres que habian quedado á sus órdenes en Tutibrá, recibéndole sus camaradas con exclamaciones de júbilo, porque los creian perdidos. Animados con este refuerzo inesperado, atacaron los españoles por sorpresa el cuerpo reunido de los indios confederados, que ignorando el descubrimiento del complot y la prision de los caciques, esperaban en negligente tranquilidad su retorno.

Pizarro conducia la vanguardia y cayó sobre los enemigos al amanecer, con el antiguo grito de guerra de los españoles; ¡Santiago! Aquella fue mas bien una carniceria que una batalla, por que los indios no estaban preparados para resistir: antes de salir el sol habia setecientos indios muertos en el campo. De regreso de esta mortandad, los comandantes sentenciaron á los caciques que estaban presos á ser despedazados por los alanos; y hasta el mismo Chiruca sufrió tan inhumana sentencia. Ni con esta sangrienta venganza se satisfizo el carácter rencoroso de ambos gefes; dirigieron en seguida á sorprender el pueblo de un cacique llamado Birú, que moraba á la parte del Este del golfo de San Miguel. Era famoso por su valor y crueldad: su habitacion estaba rodeada de armas y trofeos de los enemigos vencidos, y se decia que nunca daba cuartel.

Los españoles asaltaron el pueblo antes de amanecer, llevándolo á sangre y fuego, é hicieron un terrible estrago. Birú se salvó de entre las llamas de su habitacion; y consiguiendo reunir su gente, sostuvo bizarramente el combate la mayor parte del dia; y contuvo el ataque de los españoles tan vigorosamente que cuando se retiró por la noche estos no se atrevieron á perseguirlo, antes bien se apresuraron á evacuar su territorio. Segun aseguran algunos escritores españoles, el nombre del Perú es derivado del de este cacique, por una mala interpretacion de los primeros descubridores; sin embargo, este aserto se cree erróneo.

Los españoles habian llevado su venganza á tal extremo que tenian ahora que sufrir las consecuencias. En la exaltacion de sus pasiones, se olvidaron de que eran un puñado de hombres rodeados de naciones salvajes. Al volver cansados y sin alientos de la batalla con Birú, los asaltó y persiguió con una hueste de in-

dios madada por el hijo de Chiruca. Un dardo lanzado por él, atravesó á un español por el pecho varios fueron heridos y los restantes acosados por una lluvia de flechas dirigidas de entre las rocas y matorrales.

Descorazonados en vista de la implacable venganza provocada por ellos mismos, se apresuraron á abandonar tan hostiles playas y dirigirse del mejor modo posible á Darien. Sin embargo, los indios no parecian satisfechos con solo su retirada; sino que los persiguieron por espacio de siete dias consecutivos, picándoles la retaguardia y teniéndolos en incesante alarma.

Viendo Morales y Pizarro aquella obstinada persecucion, trataron de ganarles un dia de marcha, valiéndose de una estratagemata. Encendieron grandes hogueras por la noche como de costumbre alrededor del campamento y las dejaron ardiendo, para engañar al enemigo, mientras ellos avanzaban rápidamente hacia Darien. Entre los españoles habia un infeliz llamado Velazquez, tan gravemente herido que no podia andar; y viéndose imposibilitado de seguir á sus compañeros en tan precipitada fuga por el temor de caer en las crueles manos de los salvajes, tomó la determinacion de ahorcarse, sin que las súplicas ni las lágrimas de sus camaradas le hiciesen desistir de su propósito.

A pesar de todo, la estratagemata de los españoles no surtió efecto, pues su fuga fue descubierta; y al amanecer, con gran pesar suyo, se vieron cercados por tres partidas de salvajes. Incapaces de hacer frente en el estado en que se hallaban se mantuvieron todo el dia en la defensiva, descansando unos mientras velaban otros. Luego que oscureció encendieron las hogueras y trataron de repetir la escena de la noche anterior. Sin embargo los indios les fueron á los alcances, hiriendo á algunos con sus flechas. La desesperacion de los españoles subia de punto y peleaban como locos, arrojándose sobre los dardos de los enemigos.

A Morales le ocurrió una inhumana é infructuosa estratagemata para entretener á sus perseguidores; hizo matar una porcion de indios prisioneros, con la esperanza de que sus amigos se detendrian á llorar sobre su triste suerte; pero, la vista de aquellos cuerpos mutilados solo sirvió para aumentar el furor de los salvajes.

Por espacio de nueve dias fueron acosados los españoles por medio de bosques, montes, pantanos y charcales, vagando á ciegas y retrocediendo hasta hallarse de nuevo, con terror de sus corazones, en el mismo sitio donde algunos dias antes habian sido atacados por las tres partidas.

Muchos empezaron á perder la esperanza de salir con vida de aquellos desiertos cuajados de mortales enemigos. Con gran dificultad pudieron los gefes sostener sus ánimos abatidos y escitarlos á la perseverancia. Al entrar en un espeso bosque fueron otra vez asaltados por una porcion de indios; pero, fortalecidos por el furor y la desesperacion, pelearon mas como fieras que como hombres, y derrotaron á los enemigos, causándoles mucha mortandad. Creyeron poder respirar un poco con esta victoria; pero les esperaba una nueva desgracia. Estaban metidos en uno de esos profundos y horrendos pantanos que abundan en aquellas costas, y en los cuales el viajero frecuentemente se ahoga ó se sofoca. Un dia entero trabajaron entre helechos y malezas con lodo y agua á la cintura, para ver de salir, hasta que al fin lograron desembarazarse de semejante lodazal y llegar á la playa. La marea estaba baja, pero debia subir muy pronto con extraordinaria rapidez y á grande altura, como acontecia siempre en aquellas costas, temiendo ser envueltos por las aguas, se dieron prisa á trepar á una elevadísima roca fuera del alcance del mar, y allí se echaron en tierra jadeando de fatiga y sumidos en la desesperacion. A un lado tenian los bos-

ques llenos de enemigos y al otro las rugientes olas del Océano. ¿Cómo salir de los peligros que los rodeaban? Mientras reflexionaban, oyeron voces de indios, y observando cautelosamente hacia la parte de donde venía el ruido, vieron cuatro canoas que entraban en una rada vecina; inmediatamente despacharon unos cuantos, que cayenlo sobre los salvajes de improviso, los ahuyentaron al bosque, cogiéndoles las canoas. En estos frágiles medios consiguieron los españoles libertarse de tan peligrosa vecindad y atravesar el golfo de San Miguel, desembarcando en un paraje menos hostil, desde donde volvieron a emprender su retirada por entre los montes.

Es inútil contar otros mil trabajos que pasaron y sus últimos conflictos con los indios; baste decir, que después de una larga serie de padecimientos y desastres casi increíbles, llegaron por último extenuados á Darien. Sin embargo, á pesar de tantas penalidades, conservaron parte del tesoro adquirido en las islas; con particularidad las perlas que les había dado el cacique de isla Rica. Estas fueron objeto de la general admiración. Una de ellas se vendió en pública subasta, y la compró Pedrarias: después fue presentada por su mujer doña Isabel de Bobadilla á la emperatriz, quien le dió por ella cuatro mil ducados (1).

Era tal la avaricia de los colonos, que la vista de las perlas y la ponderada riqueza de las islas del mar del Sur y de los reinos situados á orillas de este, hicieron mayor impresion en sus ánimos, que la narración de las horrosas aventuras que los exploradores habían sufrido; de manera que todos estaban ansioso ir en busca de la rica region del otro lado de los montes.

CAPITULO XXIII.

Empresa desgraciada de los oficiales de Pedrarias—Tratados matrimoniales entre el gobernador y Vasco Nuñez.

La precedente narración, que es propiamente hablando un episodio, demuestra con cuantas dificultades y peligros tuvo que luchar Vasco Nuñez en sus expediciones á los mismos puntos, y cuán grande fue su prudencia y acertado su modo de conducirse. Sin embargo, no es nuestro objeto relatar todo lo ocurrido en la colonia bajo la administración de Pedrarias; por lo que nos abstenemos de ir enumerando con todos sus pormenores las varias exploraciones que dispuso y que mal dirigidas, casi siempre concluyeron desgraciadamente. Una de ellas fue á la provincia de Zenu, donde se decía que el oro se cogía en los rios con redes, y donde el bachiller Enciso intentó una vez invadir los sepulcros. Un capitán, llamado Francisco Becerra, penetró allí á la cabeza de ciento ochenta hombres, bien armados y equipados, provistos de tres piezas de artillería; pero, ni el comandante ni ninguno de su gente volvieron á parecer mas. Un muchacho indio que los acompañaba fue el único que escapó y contó la desgracia que les había sucedido: todos cayeron víctimas de los ataques y las flechas envenenadas de los indios.

Otra partida fue derrotada por Tubanama, el feroz cacique de las montañas, que llevaba por banderas las camisas ensangrentadas de los españoles muertos en las anteriores batallas. En fin la colonia llegó á tal estado de decadencia con estas repetidas pérdidas, y los salvajes cobraron tal atrevimiento, que tenían sitiados á los españoles con sus fuerzas, acosándolos por medio de asaltos y emboscadas y reduciéndolos á la mayor extremidad. Era tan grande la alarma en Darien, dice el obispo Las Casas, que los colonos temían ser abrasados en sus mismos hogares. Estaban siempre alerta sin perder de vista los montes, la llanura, y hasta las ramas de los árboles. Su imaginación estaba acosada de continuos temores por el lado de tierra, el balanceo de las crecidas yerbos de las sábanas les

fingía huestes de indios en movimiento; por el lado del mar, figurábanse ver á lo lejos escuadras de canoas. Pedrarias procuraba acallar los rumores que acrecían tal estado febril de alarma; pero al mismo tiempo disponía que se cerrase la casa de la moneda, lo que no se verificaba sino en tiempo de guerra. Esto se hizo por insinuaciones del obispo, el que prescribió también ayunos públicos con el fin de conjurar tantas calamidades.

Mientras Pedrarias permanecía perplejo con tantos males complicados, mortificábale la idea de los últimos ascensos de Vasco Nuñez. Sabía que era amado del pueblo, y muy querido del obispo; y tenía pruebas convincentes de que sus servicios eran altamente apreciados por el rey. Sabía también que se habían remitido á España representaciones firmadas por él y por sus partidarios exponiendo los males y abusos que afligían á la colonia y diciendo que se necesitaba un gobernador mas activo y capaz; y temía que estas representaciones al cabo surtiesen efecto, y él perdiese la gracia real, elevándose Vasco Nuñez sobre sus ruinas.

El diplomático obispo comprendió la preocupación de ánimo del gobernador y prevaleciéndose de ella, ensayó el llevar á efecto la reconciliación que tantas veces había infructuosamente intentado, valiéndose de motivos mas generosos. Le hizo ver que la manera como trataba á Vasco Nuñez le atraía los odios del pueblo, y que era muy probable que le acarrese la mala voluntad del soberano. «¿Para qué persistis, añadió, en perseguir á ese hombre y mirarle como vuestro mas encarnizado enemigo, pudiendo contarle entre vuestros amigos mas sinceros? Teneis varias hijas: dadle una en matrimonio y será vuestro yerno un hombre de mérito y popularidad, hidalgo de nacimiento y favorito del rey. Sois anciano y estais achacosos; él en todo el vigor de su juventud, ostenta un carácter sumamente activo: podeis nombrarle vuestro teniente; y mientras reposeis tranquilamente de vuestros trabajos, él atenderá á los negocios de la colonia con talento y prosperidad; redundando sus proezas en provecho de vuestra familia y en gloria y esplendor de vuestra administración.»

El gobernador y su esposa, convencidos por la elocuencia del obispo, accedieron inmediatamente á su consejo; y Vasco Nuñez se alegró de una reconciliación realizada en términos tan lisonjeros. Se extendieron y cambiaron los artículos matrimoniales, contratando el matrimonio entre él y la hija mayor de Pedrarias. La señorita estaba á la sazón en España; pero se iba á mandar por ella, y se celebrarían las nupcias luego que llegase á Darien.

Poco después de haber llenado su misión de pacificador, y borrado, según suponía, con una alianza de familia, todos los rencores, desavenencias y zelos de ambos gefes, el buen obispo se dió á la vela para España.

CAPITULO XXIV.

Vasco Nuñez transporta los buques por los montes al océano Pacífico.

Ya tenemos otra vez á Vasco Nuñez caminando por la elevada senda de la felicidad! Su mas implacable enemigo se había transformado en su mayor amigo; porque el gobernador, mirándole como su yerno, le cargaba de favores. Entre otras cosas le permitió la construcción de buques y preparación de lo demás necesario para la deseada expedición del mar de Sur. El puerto de Careta situado al Oeste de Darien fue el designado al efecto; desde allí se suponía arrancar el mejor camino para cruzar los montes. Se había fundado en aquel puerto un pueblo llamado Acla, cuya fortaleza estaba ya terminada y de la cual era alcalde Lope de Oñano; Vasco Nuñez fue autorizado entonces para continuar la construcción del pueblo. Para que

Pudiese ejecutar sus planes pusieron doscientos hombres bajo su mando y se le adelantó una cantidad procedente del real tesoro. No bastó con esto; y tuvo que acudir á un particular para que le prestase lo que le faltaba. Había un notario en Darien, llamado Hernando de Argüello, hombre de alguna suposición y que había sido uno de los mas furiosos enemigos del desgraciado Nicuesa. Tenía reunida una cantidad considerable y aventuró la mayor parte en aquella expedición contando con un cuantioso lucro al tiempo de reembolsarse.

Así que Vasco Nuñez llegó á Acla, se principió á preparar los materiales para los cuatro bergantines que debían botarse al mar del Sur. La madera de construcción se cortó en las orillas del mar Atlántico, y fue transportada con anclas y aparejos, atravesando altas montañas, á las opuestas playas del Istmo. Varios españoles, treinta negros y un crecido número de indios fueron empleados para este objeto: no había mas camino que veredas por entre bosques casi intrasitables, torrentes y escarpados desfiladeros, abiertos entre rocas y precipicios. Parecían hormigas, trepando con sus poderosas cargas bajo los abrasadores rayos del sol de los trópicos. Muchos indios perecieron en la travesía; los españoles y los negros, como de mas fuerte constitución, eran mas á propósito para sufrir las imponderables é increíbles fatigas á que se veían sujetos. En la cumbre de los montes se construyó una casa de descanso; y después de haber pasado allí algunos dias para tomar aliento, volvieron á su tarea, descendiendo por el lado opuesto hasta llegar á la parte navegable de un rio, que ellos llamaron las Balsas, el cual desagaba en el mar Pacífico.

Muchas vidas, tiempo y trabajo, se perdieron antes de poder transportar á la orilla del rio todo el material suficiente para la construcción de dos bergantines; faltando aun las maderas para otros dos y los aparejos y municiones para todos. Por añadidura á tantas dificultades, no bien empezaron á trabajar cuando descubrieron que las maderas estaban completamente inutilizadas, porque como cortadas en las cercanías del mar, eran ya presa de la carcoma. Tuvieron de consiguiente que principiar de nuevo cortando los árboles á la orilla del rio.

Vasco Nuñez, siempre sufrido y constante, desplegó una admirable habilidad en medio de tantas dilaciones y dificultades; desde que los comestibles empezaron á escasear, dividió su gente en tres secciones, españoles, indios y negros: unos cortaban y aserraban la madera, otros traían los aparejos y el hierro de Acla, que estaba á veinte y dos leguas de distancia, y los terceros recorrían el país circunvecino en busca de provisiones.

Apenas concluyeron de cortar las maderas y modelarlas para el uso á que se destinaban, cuando sobrevinieron las lluvias, y el rio creció y salió de madre tan repentinamente que los hombres que estaban trabajando lograron á duras penas salvar sus vidas encaramándose sobre los árboles: mientras tanto las maderas en que trabajaban fueron arrastradas por la corriente ó envueltas entre arena y barro. Vino el hambre á completar tal serie de padecimientos. La partida que fue en busca de provisiones no volvía; y la subida de las aguas les interceptó el paso del paraje por donde recibían socorros; de consiguiente estaba reducida á tal extremo de escasez, que tenía que aplacar el hambre con las raíces de los bosques.

En tal extremo, los indios acudieron á uno de sus toscos y sencillos recursos: se metieron en el rio y ataron con sogas muchos maderos largos, de donde resultó una especie de puente colgante para pasar á la opuesta orilla. Una partida de españoles lo verificó con grandes dificultades y peligros, á causa de la violencia de la corriente y la flexibilidad de los maderos, que se doblaban con el peso, llegándoles el agua á la

cintura: salieron empero salvos á la orilla y encontraron en los alrededores provisiones suficientes para remediar las necesidades del momento.

Así que bajaron las aguas, los trabajadores volvieron á emprender las tareas, ayudados de algunos reclutas que llegaron de Acla con provisiones: la empresa tomó entonces mas animado aspecto; hasta que al fin, tras una serie increíble de trabajos y fatigas experimentó Vasco Nuñez la satisfacción de ver dos de sus bergantines flotando en el rio Balsas. Así que estuvieron equipados y aparejados para salir, se embarcó en ellos con todos los españoles que pudieron contener; y abandonando el rio, lanzóse triunfante al mar que había descubierto.

Es imposible imaginar la exaltación de aquel intrépido aventurero y lo indemnizado que se consideró de todos sus padecimientos, cuando por primera vez desplegó sus velas en un Océano, que ningun buque europeo había antes rizado con su proa.

Hay puntos en la historia del descubrimiento del hemisferio occidental, que nos llenan de asombro y admiración; ¿qué osadía la de los hombres que dieron cima á tales empresas! ¿qué grandes dificultades vencidas á fuerza de valor y perseverancia! Conocemos sin embargo pocas cosas que nos admiren mas que la traslación al través de los montes de Darien, de los primeros buques españoles lanzados á las aguas del mar Pacífico; y perdonamos de buen grado el orgullo de los antiguos escritores castellanos cuando exclamaban: «nadie mas que españoles podían haber concebido y persistido en semejante empresa; ningun gefe que no fuese Vasco Nuñez la hubiera llevado á cabo con tanta felicidad (1).

CAPITULO XXV.

Crucero de Vasco Nuñez en el mar del Sur.—Noticias de Acla.

Donde primero se dirigió Vasco Nuñez fue al grupo de las islas de las Perlas, desembarcando en la principal con la mayor parte de su gente, y despachando los bergantines á la costa de Tierra Firme en busca del resto. Era su pensamiento construir otros dos, para completar su proyectada escuadra, y durante la ausencia de los bergantines recorrió la isla para proveerse de víveres y dar completa estabilidad á su poder sobre los naturales. Luego que volvieron sus buques, y mientras se hacían los preparativos para la construcción de otros, se embarcó con cien hombres, á fin de reconocer la region que marcaban los indios, como muy abundante en riquezas.

Después de haber navegado unas veinte leguas mas allá del golfo de San Miguel, los marineros se alarmaron viendo una porción de ballenas, que parecían otros tantos penascos, esparcidos en medio del mar, y azotados por las olas. En un Océano desconocido, cualquiera objeto raro es á propósito para inspirar alarma: no es, pues, de extrañar que los marineros temiesen acercarse á aquellos imaginarios peligros en medio de la oscuridad; por cuya razon ancló Vasco Nuñez durante la noche al abrigo de una punta de tierra, con ánimo de continuar en la misma direccion al siguiente día. Al amanecer había cambiado el viento, soplando en contrario sentido; por lo cual mudó de direccion y abandonó su crucero: si hubiese perseverado en él, había terminado con el descubrimiento del Perú. Gobernó hacia el continente, y ancló en la parte de la costa mandada por el cacique Chuchamá, que había asesinado á Bernardo Morales y sus compañeros, mientras descansaban en su pueblo. Desembarcó con su gente, y asaltó de improviso la morada del cacique. Los indios salieron á defender sus hogares, pero, fueron derrotados con

(1) Herrera, d. 2. 1, n. c. 11.